

Prólogo de
Mario Vargas Llosa

EL ESTALLIDO DEL POPULISMO

Álvaro Vargas Llosa, coord.

ÁLVARO VARGAS LLOSA, COORD.

EL ESTALLIDO DEL POPULISMO

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Mario Vargas Llosa (autor de *El populismo, el nuevo enemigo*), 2017; © Enrique Krauze (autor de *Los redentores no cambian*), 2017; © Yoani Sánchez (autora de *Cuba: conquistas, amenazas y liderazgo*), 2017; © Carlos Alberto Montaner (autor de *Los diez rasgos populistas de la Revolución cubana*), 2017; © Sergio Ramírez (autor de *Una fábrica de espejismos*), 2017; © Fernando Luis Schüller (autor de *Lula y el PT, la incógnita brasileña*), 2017; © María Corina Machado (autora de *La tiranía chavista y la decisión de vencerla*), 2017; © Gerardo Bongiovanni (autor de *Argentina, entre la herencia y la esperanza*), 2017; © Gabriela Calderón (autora *Ecuador: la revolución, el buen vivir y la tiranía de ingenieros sociales*), 2017; © Plinio Apuleyo Mendoza (autor de *Colombia: el engaño juega sus cartas*), 2017; © Juan Claudio Lechín (autor de *Evo Morales, monarquía plebeya o monarquía lumpen*), 2017; © Roberto Ampuero (autor de *Chile: ¿populismo no nato?*), 2017; © Cristián Larroulet V. (autor de *¿Se aleja el fantasma?*), 2017; © Cayetana Álvarez de Toledo (autora de *Ellos y nosotros: el populismo en España*), 2017; © Lorenzo Bernaldo de Quirós (autor de *Causas y consecuencias del brexit*), 2017; © Mauricio Rojas (autor de *El populismo en Europa Occidental*), 2017; © Álvaro Vargas Llosa (autor de *El caso Trump* y coordinador), 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2017
Depósito legal: B. 10.148-2017
ISBN: 978-84-08-17243-7
Preimpresión: Víctor Igual, S. L.
Impresión: Rodesa
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Índice

Introducción. El populismo, el nuevo enemigo	9
<i>Mario Vargas Llosa</i>	

PARTE PRIMERA ESTADOS UNIDOS

1. El caso Trump	25
<i>Álvaro Vargas Llosa</i>	

PARTE SEGUNDA AMÉRICA LATINA

2. Los redentores no cambian	53
<i>Enrique Krauze</i>	
3. Cuba: conquistas, amenazas y liderazgo	81
<i>Yoani Sánchez</i>	
4. Los diez rasgos populistas de la Revolución cubana	91
<i>Carlos Alberto Montaner</i>	
5. Una fábrica de espejismos	105
<i>Sergio Ramírez</i>	

6. Lula y el PT, la incógnita brasileña	123
<i>Fernando Luis Schüller</i>	
7. La tiranía chavista y la decisión de vencerla	143
<i>María Corina Machado</i>	
8. Argentina, entre la herencia y la esperanza	169
<i>Gerardo Bongiovanni</i>	
9. Ecuador: la revolución, el buen vivir y la tiranía de ingenieros sociales	197
<i>Gabriela Calderón</i>	
10. Colombia: el engaño juega sus cartas	225
<i>Plinio Apuleyo Mendoza</i>	
11. Evo Morales, monarquía plebeya o monarquía lumpen	235
<i>Juan Claudio Lechín</i>	
12. Chile: ¿populismo no nato?	259
<i>Roberto Ampuero</i>	
13. ¿Se aleja el fantasma?	287
<i>Cristián Larroulet V.</i>	

PARTE TERCERA

EUROPA

14. Ellos y nosotros: el populismo en España	311
<i>Cayetana Álvarez de Toledo</i>	
15. Causas y consecuencias del <i>brexít</i>	329
<i>Lorenzo Bernaldo de Quirós</i>	
16. El populismo en Europa Occidental	353
<i>Mauricio Rojas</i>	
Notas	381
Autores	409

1

El caso Trump

Álvaro Vargas Llosa

Los antecedentes

La victoria de Donald Trump el 8 de noviembre de 2016 con 304 votos en el Colegio Electoral contra los 227 de su adversaria, Hillary Clinton, estremeció al mundo. Pocos esperaban que la candidatura populista y nacionalista del magnate inmobiliario y estrella de la *reality television* lograra semejante proeza en una democracia avanzada, con instituciones sólidas y una cultura política acendrada, cuyas responsabilidades desbordan largamente, desde hace setenta años, su perímetro geográfico.

Esta sorpresa delataba desconocimiento de lo que es el populismo nacionalista y de su trayectoria a lo largo del último siglo, lo mismo que de las corrientes sociales y políticas que desde hace algún tiempo recorren Estados Unidos. Si algo ha demostrado la historia es que con frecuencia el populismo se origina en una democracia, por desarrollada que sea. Es la razón por la que Aristóteles, en su análisis de los sistemas políticos griegos, desconfió de ella: la veía proclive al enfrentamiento entre estratos sociales y pensaba que en ella las emociones sustituían a la legalidad. Aunque hay dictaduras que se vuelven populistas, son sobre todo las democracias las que degeneran en ese fenómeno, independientemente del grado de solidez que puedan tener, como lo recuerda Eduardo

Fernández Luiña en su trabajo «Los movimientos populistas», parte de la serie «Mitos y realidades» del Instituto Juan de Mariana. Por eso hay populismos en América Latina lo mismo que en Europa, por ejemplo.

Si existe determinado grado de descontento y miedo en una sociedad, y un caudillo capaz de construir en la imaginación de suficientes personas un mito y una utopía que den cohesión discursiva a los instintos, frustraciones y reclamos que los enemistan con el estado de cosas imperante, el populismo irrumpirá con fuerza. En cualquier lugar y tiempo. Dadas ciertas condiciones, no hay democracia que no sea vulnerable a la construcción del mito (un pasado ilusorio que el caudillo resucita) y la utopía (el anuncio de un futuro glorioso) que informan, con su potente carga emocional, el relato populista. Estados Unidos no es una excepción. El gran escritor (y gran cínico) H. L. Mencken, escéptico frente a las posibilidades de todos los sistemas políticos, escribió en sus *Notes on Democracy* que, cuando la gente siente su seguridad amenazada, «todos los grandes tribunos de la democracia [...] se convierten, por un proceso tan simple como respirar hondo, en déspotas de una ferocidad casi fabulosa».

Es muy pronto para saber si Trump hará todo lo que dijo que haría y lo que las tremebundas decisiones de sus primeras semanas en la Casa Blanca presagian, o si su partido, sus colaboradores, las instituciones, la sociedad, le permitirán llegar hasta las últimas consecuencias, o si, en este primer año de gobierno, irá atemperando su administración por instinto de supervivencia para hacer un gobierno respetuoso de la convivencia interna y externa. En cualquier caso, el fenómeno Trump —el de su candidatura exitosa y su ascenso improbable a la cúspide del poder estatal— nos habla de un país, una democracia, en la que ha sido posible el triunfo electoral del populismo nacionalista en pleno siglo XXI. Eso, independientemente de lo que suceda con el gobierno, merece ser entendido y explicado porque nos da luz sobre los tiempos que corren y la naturaleza misma del populismo.

El populismo estadounidense no es el mismo que el latinoamericano o el europeo, ni son estos últimos comparables en todos sus rasgos. El estadounidense tiende a ser más interclasista que el latinoamericano: en

Estados Unidos la división entre el pueblo y las élites no se solapa del todo con la división entre el poder económico y la masa desposeída (Trump, un *tycoon* muy mediático de los bienes raíces que ha construido un discurso sobre la clase media venida a menos, es, él mismo, prueba de ello). Dado lo difuso que es el populismo en términos ideológicos, tampoco es raro que los movimientos populistas difieran mucho en su conjunto de propuestas. En Estados Unidos, el populismo puede rebelarse contra los altos impuestos, como lo ha hecho Trump, mientras que en América Latina, con pocas excepciones, el populismo pretende elevar los impuestos de los ricos para redistribuir la riqueza.

En Europa misma hay populismos de distinto pelaje ideológico. El de la izquierda, resurgido con indignación tras la crisis financiera de 2008 y expresado, por ejemplo, en Podemos en España, Syriza en Grecia o Bloco de Esquerda en Portugal, tiene mucho en común con el tercermundismo latinoamericano de Venezuela o Bolivia. Pero el de la derecha —por ejemplo el Frente Nacional en Francia, el Partido de la Libertad en Holanda o los Finlandeses Auténticos en Finlandia— tiende a ser más nacionalista y xenófobo. El UKIP británico adopta algunas ideas liberales en temas económicos junto a otras nacionalistas, mientras que el gobierno de Viktor Orbán en Hungría es corporativista también en economía y cree que el Estado debe corregir el mercado a partir de una moralidad cristiana. El populismo es ideológicamente elástico, proteico.

En el caso de Estados Unidos, la discusión sobre el populismo se complica porque algunos de los populistas del pasado republicano fueron figuras de prestigio que se enfrentaron a las élites en nombre de los derechos individuales, la libre competencia y la descentralización, causas más bien liberales. El «populismo jeffersoniano» es una expresión que se usa a menudo en el debate académico y político en referencia a Thomas Jefferson, una de las grandes figuras de la historia de la república. Thomas Paine, otro de los Padres Fundadores, es considerado un populista elogiosamente. El populismo se enfrentó, en esa primera hora, al mercantilismo, lo que en términos políticos significó el partido de los Fede-

ralistas; la segunda ola populista, la de Andrew Jackson, también en el siglo XIX, luchó contra los Whigs, símbolo del *establishment* (Jackson, primer presidente que no venía de los estados históricos del noreste sino de la frontera occidental y odiaba a la élite, no era, sin embargo, un liberal en los aspectos en que sí lo había sido Jefferson, sino un autoritario de otro tipo, pero esa es otra historia). A mediados del siglo XIX se produce, en el populismo estadounidense, un punto de inflexión; pasa de representar la saludable rebelión contra el privilegio coludido con el Estado a convertirse en un desafío a las instituciones republicanas y el sistema económico. Tanto desde la izquierda como desde la derecha, diversas corrientes antiliberales acabarían produciendo fenómenos populistas más parecidos a aquellos que asociamos con el populismo contemporáneo.

Una corriente que tuvo mucha fuerza y podemos hoy identificar como precursora del populismo de Trump es el nativismo. Nació a mediados de aquella centuria en respuesta a la inmigración. Los primeros nativistas fueron parte de una sociedad secreta llamada Star-Spangled Banner en honor del himno nacional. Se los apodaba —a ellos y otras sociedades afines— los Know-Nothings (Los No Saben Nada) por el silencio que debían mantener sobre sus actividades. Contó con algunas de las figuras de la Guerra Civil, así como con intelectuales de la talla de Jack London, y unos cuantos alcaldes. Luego se integraron al Partido Americano. Estaban contra la esclavitud, de manera que pelearon contra la Confederación, y proponían «nacionalizar antes que naturalizar» a los extranjeros en Estados Unidos.

Otra corriente precursora del populismo contemporáneo venía desde la izquierda. Tenía que ver con cooperativas agrarias enemistadas con el mundo de la gran industria y las finanzas. La novela *El Mago de Oz*, de Frank Baum, recogería luego con nostalgia ese mundo idealista y anticapitalista bajo el disfraz de un cuento de hadas.

La tercera ola populista de Estados Unidos también es del siglo XIX. Fue populista en un sentido más reconocible a partir de lo que hoy entendemos por ese concepto. El primer partido populista de la historia, el People's Party o Populist Party, abogó, a finales del siglo XIX, por inflar la

moneda, nacionalizar los ferrocarriles y elevar los impuestos de acuerdo con la renta de los contribuyentes. Su influencia se advierte en la llamada Era Progresista, una sucesión de gobiernos de comienzos del siglo xx, tanto del Partido Republicano como del Partido Demócrata, que creían en el proteccionismo en favor de los trabajadores, y pretendían sujetar o fragmentar los conglomerados económicos, hacer crecer el gobierno federal y poner orden en un mundo levantisco mediante el intervencionismo exterior. Había desaparecido el partido que llevaba ese nombre, pero mucho de su legado impregnaba la atmósfera de aquellos años.

Curiosamente, la Era Progresista produjo, entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, una reacción de derecha (muchos progresistas, dicho sea de paso, dieron un acrobático volantín y formaron parte de ella) que también tuvo elementos populistas, pero de signo ideológico contrario: era aislacionista y tenía un tufo xenófobo que lo emparentaba con el nativismo del siglo anterior. Populista había sido la ola de izquierda, populista era la resaca de derecha.

Uno de los movimientos que encarnaron esa reacción aislacionista durante la entreguerra, el America First Committee, ha sido reivindicado por Trump: el nuevo presidente dedicó buena parte de su discurso de toma de posesión del cargo a definir su gobierno precisamente con ese lema. Era un movimiento desconfiado del mundo exterior que a la vez defendía la reducción del intervencionismo estatal en casa: la cuadratura del círculo. Se distinguió sobre todo por propugnar la no intervención estadounidense en lo que sería la Segunda Guerra Mundial. Entró en decadencia cuando Dwight Eisenhower, a la cabeza del Partido Republicano, decidió preservar gran parte del legado intervencionista del *New Deal* de Roosevelt y dejó sin piso al populismo de derecha, conocido como el de los «paleoconservadores».

Un ala de America First lindó con el antisemitismo: todavía se recuerda que su portavoz más célebre, Charles Lindbergh, culpó a los judíos estadounidenses de haber arrastrado a Estados Unidos a la guerra contra Alemania. Como veremos, en el populismo de Trump hay una mezcla de elementos del populismo progresista de comienzos del siglo

xx, más bien de izquierda en clave actual, y del populismo, más bien de derecha, que sirvió de reacción contra él en la entreguerra. El eclecticismo, el galimatías ideológico, es consustancial al populismo.

Los antecedentes más recientes del populismo son mejor conocidos. Uno de ellos fue Ross Perot, quien jugó un papel destacado en los comicios de 1992 que ganó Bill Clinton; Perot, empresario acaudalado, se oponía con pugnacidad al tratado de libre comercio con México y Canadá que estaba por firmarse. También hay que recordar al movimiento que impulsó el protagonismo en los años noventa, al interior del Partido Republicano, del proteccionista Pat Buchanan. Aupado por votantes a los que el intelectual Sam Francis llamó *Middle American Radicals*, cuya presencia siguió haciéndose notar luego en otras candidaturas, el periodista se oponía a la globalización y a la inmigración con un discurso nacionalista y nativista incandescente. Los *Middle American Radicals*, blancos de la clase media venida a menos y alejada de las costas, convencidos de haber sido despojados por el Estado y las élites de ciertas cosas, y temerosos de los cambios demográficos y tecnológicos que empezaban a desarreglar el mundo que los rodeaba, jugarán después un papel capital en el movimiento —y el triunfo— de Trump.

El movimiento del Tea Party, durante la presidencia de Obama, es otro antecedente reciente. Tenía rasgos populistas en sentidos opuestos: reivindicaba el legado de los Padres Fundadores, pero su aliento era nativista y en muchos casos xenófobo. También había una contradicción en su visión de la política exterior. Algunos miembros creían en la idea de que Estados Unidos debe promover activamente la democracia en el mundo, y otros, en común con el movimiento libertario de Ron Paul, propugnaban el repliegue de Estados Unidos en el exterior: recusaban la idea de que la primera potencia mundial tiene una responsabilidad en la defensa activa, si es necesario por la vía militar, de la democracia liberal, como sostenían los neoconservadores, otra rama del Partido Republicano o cercana a él.

En definitiva, el trumpismo no es un accidente geográfico sino una larga progeñe política.

¿Cómo y por qué ganó?

Para entender mejor los resortes que mueven el populismo estadounidense hoy, conviene, además de señalar factores de atracción obvios como el impacto espectacular que tiene este *showman* con gran sentido del efecto televisivo en la gente y de la incorrección política, echar un vistazo a la coalición social que hizo posible el triunfo del empresario inmobiliario. Es cierto, como se ha dicho hasta el cansancio, que los votantes blancos con escasa educación formal, afectados de manera directa o indirecta por el declive de ciertas industrias de la vieja economía, temerosos de la globalización y la inmigración, fueron determinantes en el resultado. Pero ese núcleo duro no habría bastado. También hubo, entre los 63 millones de personas que optaron por aquella candidatura, votantes blancos con estudios universitarios y mejor nivel económico, así como votantes de las llamadas minorías, léase negros e hispanos, especialmente en el Medio Oeste del país.

Mención aparte merece el voto femenino, que, según los sondeos, debía ser el talón de Aquiles de Trump —junto con los afroestadounidenses y los hispanos— tras las muestras reiteradas de desprecio mostradas durante la campaña electoral contra muchas mujeres a las que atacó soezmente y de manera genérica. La identificación de millones de mujeres votantes con Hillary Clinton que registraron las encuestas a lo largo de la campaña electoral auguraba un grave problema de partida para Trump, dado el peso ligeramente mayoritario del voto femenino en el sufragio total. Sin embargo, según los sondeos realizados a la salida de las urnas, ellos sí bastante fiables, llegada la hora, un 54 por ciento de las votantes blancas optaron por Trump. Una parte significativa de ese voto también se dio en el Medio Oeste, incluyendo las zonas donde el voto blanco solía ser cautivo del Partido Demócrata.

En cuanto a los votantes negros e hispanos, Hillary Clinton obtuvo un triunfo holgado, como se esperaba y suele ser el caso de las candidaturas demócratas en elecciones presidenciales (con contadas excepciones).

Pero lo sorprendente es que Trump superase el porcentaje del voto negro e hispano que había obtenido Mitt Romney, el candidato republicano, cuatro años antes. Los sondeos a la salida de las urnas indican que el empresario populista se llevó un 30 por ciento del voto hispano. Entre esos votantes, no prevaleció la política identitaria que atribuye a ciertos grupos étnicos o sociales comportamientos homogéneos y previsibles.

El fenómeno Trump sugiere que el voto identitario, que en los comicios estadounidenses parecía jugar en años recientes un papel saliente debido a la influencia de ciertos tópicos académicos, mediáticos y políticos en el gran público, fue superado por otros comportamientos electorales. O quizá sea más acertado decir que, aunque el voto identitario siguió siendo importante, existen distintos tipos de identidades de grupo y que en ciertas circunstancias las más reconocibles pueden ser desplazadas o superadas por otras que antes no parecían afirmarse en tiempos electorales. Hablo de identidades de grupo porque uno de los rasgos de la política estadounidense en décadas recientes ha sido la afirmación, desde la academia, la prensa y la política, de entronizar esa idea colectivista. El resultado es que, aun si la identidad sigue siendo sobre todo individual, ciertos comportamientos políticos, incluyendo el voto, suelen tener connotaciones identitarias. Sólo que, como ahora se ha comprobado, no hay una sola sino muchas posibles.

El 70 por ciento de los votantes de Estados Unidos son blancos (incluyendo a votantes hispanos considerados blancos). No se solía asociar el voto identitario con los votantes blancos sino con las minorías, pero la novedad de estas elecciones estaría en que en ciertas zonas del país la identidad blanca prevaleció sobre la identidad femenina, de modo que muchas mujeres votaron de la misma manera que lo hicieron los hombres aun si sentían antipatía por algunos aspectos de la conducta o el discurso de Trump. Cuando aludo a una identidad blanca no pienso en una identidad étnica necesariamente, sino en una experiencia común entre votantes que son blancos y que, a grandes rasgos, comparten circunstancias económicas, geográficas y, en sentido más amplio, culturales.

El fenómeno puede ser interpretado en términos étnicos, como suele hacerse con simplismo en la prensa, pero algunos datos reclaman mayor análisis. El principal tiene que ver con los votantes blancos de Trump que en 2012 habían votado por el presidente negro, Barack Obama, en su exitoso empeño reeleccionista. Por ejemplo, veintidós condados de Wisconsin, estado del Medio Oeste donde Trump obtuvo una victoria inesperada, cambiaron su voto del Partido Demócrata al Partido Republicano en cuatro años. En Iowa, nada menos que treinta y tres condados, un tercio del total, habían votado por Obama y luego lo hicieron por Trump. En esos votantes blancos, ¿qué identidad prevaleció? ¿La étnica o —aceptando por un momento la existencia de «razas»— la racial? Si fue así, es hartó difícil explicar que votaran por Obama cuatro años antes, salvo que ciertos factores indujeran en esos votantes a un comportamiento étnico o racial en 2016 que antes no afloraba ante las urnas. ¿O fue más bien una identidad socioeconómica la que prevaleció en 2016? ¿Y puede descartarse que se tratara, más bien, de la simple ley del péndulo entre un partido y otro? Esto último sería novedoso, sin embargo, pues en los estados del Medio Oeste en los que Trump rompió una larga tradición de victorias demócratas, no se había producido un péndulo en ocasiones anteriores.

El votante blanco de escasos recursos de las Apalaches, estados recorridos por la famosa cordillera, tendía a votar por el Partido Demócrata. Muchos de esos votantes respaldaron a Trump. Los síntomas de un descontento estaban allí mucho antes de que el Trump populista y nacionalista agitara el poso de sus cuitas: a lo largo de los ocho años de gobierno de Obama, esa zona ya había contribuido a la importante disminución de las bancadas demócratas en la Cámara de Representantes y el Senado. En 2010, las derrotas se habían sentido con contundencia tanto en las Apalaches como en el Sur profundo o *Deep South*. El descontento frente al gobierno, o quizá la sucesión de gobiernos, puede haber sido tan o más importante a la hora de votar que la identidad étnica, por no mencionar otras identidades de grupo.

Puestos a jugar el juego de la identidad colectiva, una identidad grupal que podría haber desplazado a otras más fácilmente identificables es la del voto rural y el voto de las ciudades pequeñas (de menos de un millón de personas). El votante rural o de la ciudad pequeña se volcó con Trump de forma abrumadora. En el Sur profundo, en Kentucky, en Tennessee y en la zona conocida como el Atlántico Sur (corredor que va de Delaware a Florida), el populista barrió a su oponente (también ella imbuida de un cierto populismo) en las zonas rurales y las ciudades pequeñas. El voto identitario que parece haber funcionado aquí tiene más que ver con la búsqueda de la protección que con el color de la piel o los ancestros. En esos mismos estados, en cambio, Hillary Clinton triunfó con holgura en áreas metropolitanas grandes.

Se calcula que los blancos con pocos o nulos estudios superiores constituyeron casi un tercio del electorado. Trump atrajo ese voto con una diferencia de 39 puntos porcentuales sobre su oponente. La mitad de esos votantes declararon a la salida de las urnas, según sondeos serios, que la economía fue la motivación por excelencia. Sólo un 14 por ciento nombró a la inmigración como el hecho determinante. Aquí tampoco está muy claro, pues, que el voto identitario de carácter étnico o el voto identitario de carácter nacionalista haya sido tan decisivo como una lectura inmediata y superficial del resultado parecía sugerir la madrugada del 8 de noviembre de 2016.

Lo que sí se puede afirmar con rotundidad es que el Medio Oeste —especialmente Pensilvania, Ohio, Wisconsin y Michigan— fue capital para la victoria del actual presidente. Pensilvania suele votar por el Partido Demócrata, pero ha habido excepciones en décadas recientes. Ohio suele oscilar, pero han sido más las victorias demócratas que las republicanas en ese mismo período. En el caso de Michigan y Wisconsin, se trata de un verdadero bastión demócrata. El triunfo de Trump en esos cuatro estados, que las encuestas locales no vaticinaron, encierra mucha de la explicación del éxito del presidente. Un éxito parcial, en la medida en que no ganó el voto popular a escala nacional, pero éxito al fin y al

cabo. Otros estados que dan una idea de lo extenso del fenómeno son Florida, donde ganó, y Virginia, donde perdió pero estuvo muy cerca de alcanzar a Hillary Clinton a pesar de que había dejado de ser un bastión republicano hacía ya varios años por la transformación que ha experimentado la parte que está conectada a Washington, la capital.

El fenómeno Trump implicó una aparente contradicción: la victoria con su mensaje populista y proteccionista en estados demócratas pero también en estados republicanos que normalmente representan una actitud, si no una ideología, más bien libertaria y antiestatista. Trump mantuvo todos los estados donde había ganado Mitt Romney, republicano tradicional, y sumó a esa base algunos estados donde los republicanos tenían escasas esperanzas. Así, la coalición demócrata de los nuevos tiempos —jóvenes o *millennials*, mujeres no casadas, negros, hispanos—, que, junto a los votantes vinculados a las viejas industrias del Medio Oeste, parecía haber inaugurado una larga era de dominio del partido más antiguo y el confinamiento de los republicanos en una perenne oposición, resultó estar sobrevalorada en términos políticos. Lo que no había podido hacer el mensaje republicano tradicional en décadas lo logró el populismo nacionalista de Trump en el crepúsculo de 2016.

El miedo de los nuevos tiempos

Antes que razones económicas, detrás del rebrote populista en la sociedad estadounidense hay una dimensión que podríamos llamar cultural. Se trata, en parte, de una reacción contra el multiculturalismo, si damos a esta palabra un sentido amplio que recoge muchos de los polémicos cambios sociales y políticos que se han ido dando gradualmente desde los años sesenta hasta hoy.

No entenderemos bien la reacción de una parte amplia de la sociedad contra lo que siente como una amenaza a la composición, las costumbres y las tradiciones del país que va quedando atrás si no se toma en

cuenta la paulatina degeneración de tendencias y corrientes académicas y sociales impulsadas, en su origen, con nobles motivaciones y un idealismo orientado a corregir injusticias históricas. El multiculturalismo y la corrección política han permitido a distintos grupos e instituciones llevar la lucha por la igualdad ante la ley y contra la discriminación a un espacio donde se han entremezclado con algo que un amplio segmento de la sociedad siente irrito a su propia idea de los Estados Unidos y al mundo de sus padres y abuelos, o de su propia juventud. Esta pulsación late con fuerza en sectores económicamente disminuidos y con menos formación educativa, pero no es exclusiva de ellos: también está en una franja de la élite a la que estos cambios alarman desde hace algún tiempo.

¿Qué idea de los Estados Unidos sienten amenazada estos sectores por el multiculturalismo? Esencialmente, la idea de que se trata de un país de raíz europea con valores conservadores de connotación religiosa, construido sobre el trabajo, el ahorro y el sentido de comunidad, en el que la libre empresa y el esfuerzo propio garantizan la movilidad social, y donde el Estado de derecho nace de una interpretación más bien rigurosa, literal de la Constitución.

Una parte de esos ciudadanos vieron en el gobierno de Barack Obama la confirmación definitiva de que habían perdido su país. Otra parte lo vio, más bien, como la posibilidad de poner fin a la amenaza multiculturalista en la medida en que la llegada a la cumbre de una familia afroamericana implicaba cerrar la herida histórica de la esclavitud y de la discriminación racial. Pero dos cosas se coludieron, desde lados opuestos del espectro, para crear un estado de miedo y alarma entre estos últimos votantes, cuya tendencia iba del centro a la derecha: de un lado, la retórica reivindicativa, la profusión de «derechos» y transferencias fiscales, directas o indirectas, la interferencia regulatoria constante en la vida económica y la retórica favorable a la inmigración por parte del *establishment* demócrata de la era Obama; del otro, la denuncia exagerada, a veces tóxica, de una corriente de la derecha contra lo que percibía como la validación definitiva de las élites biempensantes y de las minorías entronizadas a costa de la

mayoría (un ejemplo de esto último es la fuerte campaña, de la que Trump fue protagonista, que acusaba a Obama de no haber nacido en Estados Unidos sino en África y ser un musulmán encubierto).

Ese miedo existencial —el miedo a desaparecer si no se hacía algo para rescatar al país de las garras del multiculturalismo— era la culminación de muchos años de sospecha y desconfianza ante los cambios demográficos de un país que había sido blanco en un 90 por ciento y que en pocos años tendrá a los blancos sólo como su minoría más numerosa, y ante el apogeo de unas élites cosmopolitas y esnobs que, a ojos de ellos, desdeñan al estadounidense provinciano y tradicional, y practican un constructivismo tendiente a reemplazar los valores y leyes responsables del «excepcionalismo» estadounidense del que sienten orgullo por una modernidad decadente y antihistórica.

El proceso que derivó en el multiculturalismo y la corrección política vino impulsado por el aparato que acompañó y prolongó la legislación de los llamados derechos civiles en los años sesenta. Las corrientes que desembocaron en la corrección política, primero en la academia y luego, a través de los medios masivos de comunicación y la escuela pública, en la sociedad, interpretaron los derechos civiles de un modo que tenía mucho menos que ver con la igualdad ante la ley que con la entronización de un colectivismo discriminador y redistributivo. La corrección política debe entenderse en este caso, porque así la entiende esa masa de votantes que han optado por el populismo nacionalista, como el triunfo de una moral que estigmatiza al país otrora mayoritario por una culpa histórica que debe pagar hasta en el detalle de la vida diaria (incluyendo las expresiones que está permitido usar en el habla cotidiana y las que no, so pena de padecer una censura social extrema).

El multiculturalismo, por supuesto, deriva de una valoración importante y necesaria, tras la descolonización que siguió a la Segunda Guerra Mundial, del mundo que había sido oprimido por el imperialismo o había ocupado un lugar marginal a la modernidad. La mala influencia de algunos intelectuales europeos, particularmente franceses, que interpreta-

ron la cultura occidental como un paradigma de dominación y veían en el canon de Occidente la expresión de una forma discriminatoria de entender las relaciones sociales o la relación entre los países contribuyó mucho a desviar aquella sana revisión hacia tendencias académicas y sociales que eran la negación de lo que pretendían ser. Esto sucedió en todo el mundo occidental; Estados Unidos, el país más poderoso y por tanto al que más reclamos había que hacerle, lo vivió con especial fermento. El relativismo cultural, según el cual no había valores occidentales superiores a los valores de sociedades más atrasadas porque todos los valores tenían una equivalencia moral, inició una larga erosión de ciertos consensos. No tardó en plantearse el debate en términos étnicos y las minorías pasaron a jugar un papel clave en el nuevo paradigma multicultural. El paso natural fue legislar en función de la protección de minorías y revisar el sistema educativo para favorecer esta reinterpretación de la república.

El multiculturalismo y la corrección política olvidaron el origen respetable del movimiento a favor de revalorizar a los discriminados y oprimidos. Ese origen tuvo que ver, por ejemplo, con la puesta en valor de las culturas que habían sido objeto de la explotación europea. Hubo empeños intelectuales muy interesantes como el de Lévi-Strauss por estudiar otras civilizaciones sin «imponer» parámetros culturales occidentales. Pero de esos orígenes se pasó al relativismo extremo, a denunciar como una forma de dominación y discriminación valorar los avances de la cultura de la libertad en los países más desarrollados. Se puso de moda «deconstruir» esa cultura para exponer sus taras e invalidarla como modelo. Estados Unidos hizo suyas en el mundo académico las contribuciones de autores como Jacques Derrida y otros.

En el campo político, este cuestionamiento de los valores occidentales tuvo un impacto más lento y gradual, pero a la larga traumático. Se convirtió, bajo la cobertura de la defensa de los derechos de las minorías discriminadas, en una ingeniería social colectivista que glorificaba las identidades colectivas, la redistribución y la igualdad en la llegada antes que la multiplicación de las oportunidades en la partida. El uso de la et-

nidad como argumento colectivista para justificar un intervencionismo económico y legal poco integrador y productivo resultó en lo contrario de lo que se pretendía.

Ante esto, el nativismo reaccionó con sus instintos tribales a través de las distintas manifestaciones de populismo nacionalista y en ciertos casos xenófobo glosadas páginas arriba.

Conviene tener esto en cuenta porque, con pocas excepciones, los países avanzados que se inclinan por el populismo nacionalista en un momento dado suelen hacerlo después de un largo período de incubación de miedos, rencores y frustraciones que cristalizan en un movimiento político.

Los derechos civiles, como se conoce a la legislación contra la discriminación y segregación raciales, debieron ser la admirable culminación de la lucha por la igualdad ante la ley. Pero fueron parcialmente pervertidos por una corriente antiliberal hasta convertirse en un pretexto para el voto cautivo, lo que por cierto contribuyó a preservar los bolsos y guetos donde se concentraban ciertas minorías. La corrección política y el relativismo cultural hicieron que criticar este estado de cosas fuera imposible sin arriesgarse a ser estigmatizado. Del otro lado, el miedo y la agresividad reemplazaron al análisis sereno y el sentido de la integración. La polarización extrema de la vida política era inevitable en un escenario donde los instintos tribales, antes que las ideas, prevalecían. En momentos de especial fermento, por ejemplo con ocasión de la crisis financiera de 2008, las pasiones adquirieron una intensidad inaudita en un país desarrollado.

En el sector más educado de la sociedad, la pugna cultural produjo un fascinante debate; en el menos ilustrado, lo que produjo fue una creciente desconfianza hacia las élites políticas y académicas. La polarización política llevó a las minorías a cobijarse, abrumadoramente, en el Partido Demócrata; a la población blanca alejada de las costas, con excepción del Medio Oeste, donde la vieja industria todavía tenía peso y estaba vinculada también a los demócratas, la llevó a buscar una respu-

ta en el Partido Republicano y en grupos evangélicos. Distintas corrientes republicanas expresaban reacciones diferentes al multiculturalismo entendido como desquite o intervencionismo punitivo: la libertaria y la evangélica, por ejemplo, encarnaban dos visiones contrapuestas, pero no eran las únicas. El Partido Republicano se balcanizó, ideológicamente hablando. Algo de eso sucedió también en el Partido Demócrata, donde el divorcio entre las élites y la base produjo populismos como el de Bernie Sanders enfrentados al *establishment* de los Clinton.

No era difícil imaginar, dado el estado psicológico de ciertos sectores tradicionales menos conectados al mundo moderno, que muchas personas del común sintieran el peligro de que Estados Unidos dejara de ser el país «excepcional» que había sido y resultara conquistado por las masas tercermundistas. En un escenario económico menos traumático, esta exacerbación del miedo y la dificultad para adaptarse a un mundo cambiante —demográfica, social y culturalmente rico y diverso, pero demasiado novedoso y exigente para ciertas generaciones— quizá no habrían dado pie a una reacción defensiva tan marcada. Pero si añadimos a estas condiciones el declive de la vieja economía y su reemplazo por la nueva, la obsolescencia de ciertas industrias y la aparición de otras, y la dislocación sufrida por tantas familias, no resulta demasiado raro que aflorase lo que Karl Popper llamaba «el llamado de la tribu».

Esto es lo que entendió, certera y perversamente, Donald Trump. Un Donald Trump que no era un ideólogo nacionalista, ni lo que se llama en Estados Unidos un «supremacista blanco», sino más bien un empresario liberal en el sentido estadounidense, es decir, progresista, que creía en el aborto, el matrimonio gay y la diversidad que su ciudad operativa, Nueva York, representaba (donaba dinero al Partido Demócrata y tenía al matrimonio Clinton tan cerca como para invitarlo a la boda de su hija Ivanka). En algún momento, durante la presidencia de Obama, al percibir la reacción, por ejemplo, del Tea Party y otros grupos que insurgieron contra lo que veían como el *summum* del estatismo y el progresismo, la amenaza definitiva contra el país legado por los Padres Fundadores,

Trump olfateó una oportunidad dorada. La aprovechó de todas las formas posibles, incluso cuestionando el origen estadounidense del presidente Obama, y construyendo, desde la periferia del conservadurismo recientemente adoptado y altamente heterodoxo, una base política potencial.

Trump aportó una combinación extraña: la reacción blanca contra el multiculturalismo y, al mismo tiempo, un credo en materias económicas parcialmente de izquierda (en el espectro estadounidense), favorable al proteccionismo comercial, laboral y de otras índoles, y al intervencionismo en asuntos, por ejemplo, como los precios de las medicinas. Eso que no había hecho la derecha conservadora y que sólo una derecha marginal en el mundo de las élites había profesado, él lo asumió y propugnó tempestuosamente: el maridaje del nacionalismo cultural de derecha con el nacionalismo económico de izquierda, amalgama y confusión muy propias del populismo. No es extraño, pues, que ocurriera en Estados Unidos algo similar a lo sucedido, por ejemplo, bajo el gobierno de Ley y Justicia en Polonia o, en un caso más extremo, bajo el liderazgo de los Le Pen en el Frente Nacional en Francia: la captura de un antiguo voto de izquierda en la base social y su fusión con un voto de derecha más tradicional.

El factor económico

Al factor cultural hay que sumarle el económico para entender mejor la irrupción del populismo como fenómeno electoral en Estados Unidos. En décadas recientes, a pesar de la prosperidad general, algunos millones de personas han sufrido un impacto en su estabilidad laboral y nivel de vida por los cambios tecnológicos disruptivos e innovadores, la pérdida de competitividad de ciertos estados con respecto a otros, la transformación de la economía industrial en una economía de servicios y el desfase entre el sistema educativo público y las transformaciones mencionadas.

Entre 1975 y 2014, según los datos del censo analizados por el Center on Budget and Policy Priorities, la media del ingreso de los varones

blancos sin un título universitario cayó más del 20 por ciento (tomando en cuenta la inflación). Entre 2007 y 2014, el período marcado por la crisis financiera y crediticia de larga reverberación, la caída fue del 14 por ciento. Unos siete millones de hombres en edad de trabajar se han retirado del mercado laboral, la cifra más alta desde la Gran Depresión (una parte de ellos, sin embargo, son la generación del *baby boom* que se está jubilando). En el último cuarto de siglo, muchos empleos y personas emigraron del Noreste y el Medio Oeste al Sudoeste y el Sudeste de los Estados Unidos.

Cuando, en 1992, George H. W. Bush perdió las elecciones ante Bill Clinton, su asesor Ed Rogers dijo: «Su campaña no tuvo ningún problema que una economía con un 4 por ciento de crecimiento no habría resuelto». Pues bien, en los últimos quince años la economía estadounidense no creció a un ritmo del 4 por ciento ni un solo año. De las siete economías más industrializadas, sólo Japón lo logró, pero apenas un año (2010). El crecimiento económico de Estados Unidos, en cambio, había alcanzado o superado el 4 por ciento muchas veces en las décadas de 1980 y 1990. La anemia económica reciente ha afectado muy directamente a aquella parte de la población que está menos enganchada a las tendencias modernas y globales.

En los últimos veinte años, han desaparecido el 28 por ciento de los empleos en las industrias manufactureras. Según el Departamento de Estadísticas Laborales de los Estados Unidos, algo más de 12 millones de personas están hoy empleadas en ese sector, casi 5 millones menos que en 1996. La concentración de este drama social en familias de determinados lugares y segmentos sociales explica en parte el comportamiento electoral de ciertos condados y estados.

Si la estadística lo fuera todo, se podría demostrar que esta dislocación ha sido más que compensada, a escala nacional, por la febril multiplicación de empleos en otras industrias (e incluso en ciertas ramas del sector manufacturero). En el índice de producción industrial de los últimos cien años que ofrece la Reserva Federal, se comprueba que el valor de lo producido en el campo manufacturero en general, junto con el minero

y el de los servicios públicos, ha aumentado de manera sostenida. Lo que ha sucedido es que las industrias de bienes más baratos, por ejemplo los juguetes y las confecciones, han emigrado a otros países, especialmente en Asia, mientras que en Estados Unidos han crecido las industrias de bienes caros. Boeing fabrica hoy grandes aviones y General Electric construye turbinas de gas para plantas eléctricas que antes no se hacían.

La productividad, a pesar de la desaceleración de años recientes, ha aumentado: se produce más con menos. Las tecnologías que ahorran costos laborales han reemplazado a otras que contrataban mucha mano de obra. A lo cual hay que añadir el que la producción ya no está integrada en un solo lugar: distintos países fabrican bienes que luego se ensamblan en un tercer país, y así sucesivamente. En la industria de motores para aviones, por cada empleo que se crea en la fábrica se crean ocho en la cadena de suministro (si incluimos servicios de mantenimiento, etcétera). La cadena de suministro pasa, a su vez, por distintos países.

Se siguen creando muchos empleos en Estados Unidos..., pero empleos diferentes a los de antes. Los cambios económicos hacen que hoy apenas un 8.7 por ciento de los empleos civiles tengan que ver con las manufacturas. Otras industrias, como la venta minorista, el cuidado de la salud e incluso las profesiones liberales, emplean a más gente. El problema es que hoy las fábricas estadounidenses producen dos veces más que en 1984, sólo que con dos terceras partes de las personas que entonces trabajaban en ellas.

Desde el punto de vista de la economía y el empleo en general, esto supone una ganancia neta para Estados Unidos: después de China, que pasó a ser la primera potencia en manufacturas en 2010, es el país que más valor agrega cada año. Las fábricas estadounidenses añaden 2 billones (trillones en inglés) de dólares cada año a la economía y aportan un 36 por ciento de la producción total del país. Además, las manufacturas concentran tres cuartas partes de la investigación tecnológica de la empresa privada, lo que supone que allí se da una parte sustancial de la innovación que experimenta la economía.

Las manufacturas están conectadas, además, a otras industrias del país. Se crean así muchos puestos de trabajo y el nivel general de vida sigue subiendo. La tasa de desempleo no podría estar por debajo del 5 por ciento, como lo está en 2017, si ese no fuera el caso. Ésta ha sido siempre la historia del capitalismo basado en la empresa privada competitiva. Hace cien años, los avances tecnológicos hicieron que cada vez menos estadounidenses se emplearan en labores agrícolas pero se produjeran más alimentos. Hoy, significan que cada vez trabajan menos personas en fábricas de industrias que van siendo obsoletas.

Estos datos, sin embargo, no pueden cambiar una realidad: detrás de la estadística y de la impresión general que produce el país visto como un todo, hay historias particulares, en el Medio Oeste y parte del Noreste, que son ajenas a la fiesta de la prosperidad. Con los años, las nuevas generaciones, hijas de esos estadounidenses directamente afectados, probablemente estarán integradas a la nueva economía, pero para quienes no están educados para ella y arrastran una larga historia familiar relacionada con las viejas industrias, el cambio es desconcertante, angustioso. No es difícil, pues, que un discurso reivindicativo de la vieja economía prenda entre muchas de estas familias.

La rebelión contra las élites y el *establishment*

Cualquiera que haya seguido de cerca lo que sucedía en Estados Unidos tiene presente el deterioro creciente que ha sufrido el prestigio de las instituciones públicas, estatales o no. El descrédito cada vez mayor del Congreso, los partidos políticos, los medios de comunicación, los tribunales, la escuela pública, el mundo de las finanzas y un largo etcétera también ha llegado a la primera potencia mundial.

Es una erosión que empezó en los años sesenta en buena parte del mundo occidental; cada país la ha vivido a su manera. En esa década y en los años setenta, se rompió un consenso básico que había mantenido

a los ciudadanos razonablemente unidos por debajo de sus importantes diferencias ideológicas y políticas (con la excepción, por supuesto, de sectores sociales como la comunidad negra, que por obra de una antigua discriminación vivían ese consenso desde la marginalidad). Los unía la fe en sus instituciones públicas, una comunidad de valores y un sentido de ciertos límites más allá de los cuales no era prudente ir sin poner en riesgo la convivencia pacífica. Pero en esos años se produjo una revolución en las costumbres y una rebelión contra lo establecido que lo abarcó todo, o casi todo: desde la religión hasta la política, desde la vida familiar hasta la relación entre personas, y entre las personas y las instituciones.

Lo que dio en llamarse la «contracultura» (*counterculture*) supuso un gran paso hacia la modernidad, un desapolillamiento de la forma de entender las relaciones humanas y los valores que las enmarcaban, una saludable desacralización de tradiciones que necesitaban una puesta al día. El individuo soberano se empinó por encima del Estado y las costumbres para proclamar su reino. De allí salió una forma más justa y cabal de entender cosas importantes como la igualdad ante la ley. Entre otras cosas, gracias a ese revulsivo social las minorías —étnicas, sexuales y otras— adquirieron con el tiempo un derecho de ciudad. Esa era desová el nuevo y definitivo movimiento de los derechos civiles, por ejemplo.

Sin embargo, la explosión «contracultural» de las nuevas generaciones, como suele ocurrir con las revoluciones, pacíficas o violentas, cometió excesos. Los excesos, que no son materia de este libro, produjeron a su vez una reacción, una resaca; la radicalización de los grupos evangélicos de derecha, por ejemplo, es una de las formas que tomó esa reacción. Con el tiempo, los extremismos —el de la corrección política y la llamada «discriminación positiva», del lado de los herederos de la «contracultura», y, del otro, el del oscurantismo religioso de quienes creen que el Estado debe imponer las preferencias de ciertas Iglesias a los demás— fueron envenenando la discusión pública y desgarrando a los partidos políticos, que acabaron viviendo en su propio seno las divisiones enconadas de la sociedad.

En ese contexto turbulento, de ruptura de consensos, de impugna-

ción de todo lo bueno y lo malo, se inició la erosión de la autoridad y prestigio de la clase dirigente, de las instituciones más influyentes y de las personas asociadas a ellas. Esta desacralización de las instituciones públicas fue acentuada por los cambios tecnológicos y económicos mencionados páginas atrás, y por el escenario convulso y desconcertante que siguió al fin de la Guerra Fría, con sus peligros inéditos y sus nuevos y desafiantes protagonistas mundiales. Aumentó, por un lado, la incertidumbre, el temor de muchos ciudadanos al mundo moderno, y por el otro, el desapego, la desafección de una parte importante de la sociedad hacia su clase dirigente o clase política.

La intuición de Trump con respecto a lo explotable que resultaba todo esto para quien alzara el azote contra la clase política fue certera. En cada paso que dio, desde el momento en que convirtió a Jeb Bush, hijo y hermano de dos expresidentes, en su blanco preferido durante la primera parte de las primarias del Partido Republicano hasta el momento en que se enfrentó a Hillary y Bill Clinton (y a Barack Obama, que se jugó por ella), fue evidente el frío cálculo populista del magnate inmobiliario. Los Bush, por parte republicana, y los Clinton, por parte demócrata, representaban a la clase política —peor aún: la alianza de la clase política y las finanzas, sobre todo en el caso de la pareja demócrata— en toda la expresión del concepto. Otros actores, por ejemplo los congresistas republicanos con los que también se enfrentó, o las empresas de alto vuelo que vituperó, o ciertos sindicatos a los que atacó con denuedo, y por supuesto la gran prensa, despiertan animadversión en mucha gente.

Estas instituciones están también desprestigiadas en las costas cosmopolitas y globalizadas, desde luego, aunque allí una reacción masiva llevó a millones de ciudadanos a rechazar el fenómeno Trump tanto durante la campaña como en estos primeros meses de su gobierno; pero lo estaban todavía más en partes del interior, especialmente en el Sur y en el Medio Oeste, donde la idea de que este elefante entrara rompiéndolo todo en la cristalería era seductora y tenía un sentido vindicativo.

Por eso fue posible que Trump ganara las primarias de su partido a

pesar de representar, en tantos temas, lo contrario de lo que esta organización había defendido durante mucho tiempo, empezando por el proteccionismo y la defensa de autoritarios imperialistas como Vladimir Putin (o de representar, por ejemplo en inmigración, lo contrario de los valores tradicionales de liberalidad, tolerancia y apertura que corrientes muy importantes del republicanismo, enfrentadas a otras más oscurantistas, han proclamado siempre: para no ir demasiado lejos, Ronald Reagan legalizó a 3 millones de indocumentados). Su base política demuestra hasta qué punto ha llegado el descontento de un gran público con la clase política. La captura por parte de Trump de la base republicana fue posible porque ella misma había sufrido una transformación en cierta forma parricida: su sello era el rechazo de las figuras tradicionales en el partido. Si eso significaba llevarse de encuentro a líderes, valores y políticas que habían sido consustanciales al partido, tanto mejor. Por eso es que en estos primeros meses del gobierno de Trump, los congresistas republicanos se han cuidado, a pesar de estar en desacuerdo, de criticar abiertamente las medidas o gestos más agresivos de la Casa Blanca.

En décadas recientes, los republicanos habían sido más bien liberales, y a veces libertarios, en economía, pero neoconservadores (es decir, favorables a apuntalar con ayuda militar la expansión democrática en el mundo) en política exterior, aun si en la práctica los gobiernos de este partido no fueron siempre fieles al ideario. Con Trump, que proclama la necesidad de la protección y el aumento del gasto público en economía, y que desde el primer momento en la Casa Blanca ha hecho lo posible para impulsar ambas cosas (aun cuando parte de ellas requerirán pasar por el Congreso), el libertarianismo ha volado por los aires. También lo ha hecho la visión neoconservadora de la política exterior, pues el presidente ha dejado en claro que difundir la democracia en el mundo no es tarea de Estados Unidos y que las credenciales democráticas de los aliados no son indispensables para estrechar las relaciones. Trump es el primer presidente desde el fin de la Segunda Guerra Mundial que no asume como suya la responsabilidad de Estados Unidos como cabeza del

mundo occidental y libre. Ello ha desconcertado mucho a países acostumbrados al rol determinante de Estados Unidos en el sistema de alianzas y en los organismos internacionales a través de los cuales dicho liderazgo normalmente se había ejercido desde Washington.

Como populista, Trump no tiene una definición ideológica cabal. Por eso hay contradicciones flagrantes en sus políticas y no pocas contramarchas tácticas (como declarar un día el fin de la política conocida como «una sola China» y en conversación con el presidente Xi Jinping decir lo contrario). Por ejemplo, está a favor de reducir los impuestos y, como lo demuestran algunas de sus tempranas órdenes ejecutivas (decretos), por la desregulación de una economía que soporta una ingente cantidad de interferencias estatales. Hasta allí, uno diría que se trata de un liberal en economía. Pero esas posiciones conviven en él con el proteccionismo que varias órdenes ejecutivas también impulsaron desde los primeros días de su gobierno, así como con una fe denodada en la contratación de obra pública que, a través del poder legislativo, intentará hacer aprobar. Del mismo modo, conviven en él el empresario que ha hecho negocios en medio mundo gracias a la globalización y la seguridad jurídica ofrecida por las democracias europeas y el nacionalista que recusa a la OTAN (aun si en determinados momentos que parecen tácticos se proclama defensor de esa alianza).

El populismo es por naturaleza ecléctico, camaleónico. Una lectura del populismo a partir de la ideología resulta a menudo inútil. Más provechoso para la comprensión del fenómeno es entender qué grupos, qué bolsones sociales y qué personas se identifican con el líder populista. El líder o la líder populistas no siempre son una expresión cabal de los grupos que proyectan en ellos sus propias emociones, aspiraciones, miedos o frustraciones; a veces incluso encarnan algo distinto de lo que creen sus partidarios. Pero es importante conocer quiénes son porque los líderes populistas saben bien quiénes son: por eso mismo, entienden cómo satisfacerlos para preservar una base activa y movilizadora sin la cual ningún proyecto populista puede durar.

Si algo no es Trump es un hombre vinculado a la manufactura pesada, o un fervoroso seguidor de los evangélicos, o un fanático del antiabortismo, o un representante del Sur conservador, o un enemigo de la clase política, o un desconocedor del papel de los inmigrantes en su país. Su mundo ha sido el de la costa cosmopolita, el de la globalización y hasta el de posturas liberales en ciertos asuntos de conciencia; y no se diga nada de sus tratos constantes, donaciones incluidas, con políticos de todo pelaje o de los miles de inmigrantes, muchos indocumentados, que han participado en sus negocios (la construcción es una de las industrias donde los indocumentados constituyen una fuerza laboral clave). Allí están un sinnúmero de testimonios y declaraciones suyas.

Pero Trump sabe qué teclas tocar para alojarse en el corazón de los ciudadanos que buscan protección y cobijo. Sabe que los evangélicos ven en él, no al orgulloso pecador que nunca ha dado muestras de religiosidad o contrición, sino a un protector conveniente para revertir la erosión del papel de la religión en las instituciones oficiales; sabe que la llamada *alt right* o derecha alternativa, nacionalista y en algunos casos lindante con la xenofobia, como lo prueban algunos textos publicados a lo largo de los años por el Breitbart News Network, cuyo fundador trabaja en la Casa Blanca, le da un soporte estratégico para llegar a sectores que engrosan su movimiento populista; sabe que muchos votantes del Partido Demócrata vinculados al sindicalismo lo ven a él como veían a sus antiguos líderes —un antídoto providencial contra la competencia extranjera—, y que eso prevalece sobre otras consideraciones, como el hecho de que está causando destrozos en el partido al que los sindicatos llevan mucho tiempo ligados; sabe que el lobby de los partidarios de la libre tenencia de armas no tenían evidencia, antes de su irrupción en la política, de su simpatía por la Asociación Nacional del Rifle, pero también que el matrimonio de conveniencia que ambos han firmado le garantiza una base popular porque ellos no tienen otro defensor mejor en un país que hace año y medio parecía dirigirse inexorablemente hacia mayores restricciones al uso de ellas.

El surgimiento del populismo bajo el liderazgo del presidente Trump ha revivido un crucial debate. Es un debate que recorre la historia estadounidense y que en distintos períodos, especialmente el último par de décadas, ha recobrado vigor. De un lado se sitúan quienes creen que Estados Unidos es un credo, una nación de naciones, un *melting pot* en el que gentes de distinta procedencia y con antecedentes diversos coexisten respetando ciertos valores y principios —la libertad política, económica, cultural y religiosa, la soberanía individual, la igualdad ante la ley, el derecho de propiedad, la apertura al mundo.

Del otro lado se sitúan aquellos para quienes es una sola nación que existía antes de que los Padres Fundadores plasmaran estos conceptos en su Constitución, compuesta por personas de ascendencia europea y cristiana, ordenada de acuerdo con ciertos patrones tradicionales, a la que la diversidad, el pluralismo, la inmigración y la globalización han hecho entrar en decadencia y cuya esencia amenazan.

De un lado hay gentes de izquierda, centro y derecha, socialistas, liberales y conservadores o incluso quienes no aceptarían ninguno de estos apelativos; del otro hay también una mezcla de inclinaciones políticas o ideológicas, pero el espectro es menos amplio, pues el populismo nacionalista tiende a desconfiar de las diferencias y matices. Los primeros están en desacuerdo entre sí en muchas cosas porque interpretan la aplicación del credo de Estados Unidos de manera distinta, pero comparten la idea de que ese país es la confluencia de muchas corrientes y muchas personas, una sociedad permeable, porosa, en permanente evolución; los segundos quisieran frenar esa evolución y devolver el país a los tiempos estables y previsibles de un pasado mucho más inventado que real, una nostalgia tribal antes que una comprobación histórica.

En esta batalla decisiva para definir lo que es Estados Unidos, participen los ciudadanos de ese país y los que no lo son: lo que sucede allí es asunto de todos. También de los autores y lectores de este libro.